



PERIÓDICO DE CAZA Y PESCA,

DE SPORT Y RECREOS CAMPESTRES, DE ACLIMATACION Y CRIA DE ANIMALES DOMÉSTICOS,

AÑO III.

Y DE CUANTO TENGA RELACION CON LA AGRICULTURA Y CON LOS DELEITES DE LA VIDA DEL CAMPO.

NÚM. 30.

PRECIOS DE SUSCRICION PARA 1881.

	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid y Provincias.	4 reales.	12 reales.	24 reales.	48 reales.
Ultramar y Extranjero.	5 reales.	15 reales.	30 reales.	60 reales.

SE PUBLICARÁ LOS DÍAS 15 Y 30 DE CADA MES.

DIRECTOR PROPIETARIO,

DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

Administracion: Calle de Espoz y Mina, núm. 3.

Madrid, 30 de Octubre de 1880.

REBAJA DE PRECIOS DE SUSCRICION PARA 1881.

Haciendo directamente el pedido y anticipando 40 reales en esta Administracion, en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, se obtendrá la suscripcion por un año para la Península, y 50 reales si es para Ultramar ó el Extranjero.

EL PERRO DE CAZA.

APUNTES PARA ESCRIBIR SU MONOGRAFÍA (1).

(Véanse las láminas de perros de distintas especies.)

VIII.

La caza con escopeta es, sin disputa, la que más conviene y mejor cuadra á la mayoría de los aficionados, porque es la que menos gastos exige. Un buen perro, bien amestrado, es, por consiguiente, el elemento más indispensable, si se ha de sacar todo el partido posible de tan incomparable y divertido ejercicio. Los perros que se emplean son los llamados de muestra, y sirven para parar la pieza hasta que el cazador la tire, y correr tras ella á fin de cobrarla si va herida. Se necesita que estos animales obedezcan á la voz, al silbido, al gesto y á la mirada del hombre, y se les dedica á la cacería de conejos, perdices, liebres, beccadas, codornices, patos, faisanes, etc., etc.

Entre los perros más apreciables para la caza con escopeta se distinguen especialmente el braco, inimitable en sus muestras; el *épagneul*, el barbudo, el de aguas, el *setter*, el *pointer*, el perdiguero, el pachon, etc.

Tiene el braco la cabeza recia, orejas colgantes, hocico largo y cuadrado, ojo pequeño, nariz roma y bien abierta, la boca provista de dientes formidables, cuello corto, pecho ancho, cola corta y carnosa, patas fuertes, pelo muy corto y fino y piel blanquizca con manchas leonadas, más oscuras hácia las orejas y la cabeza que en el resto del cuerpo. Deja de crecer á los quince meses, vive de quince á diez y ocho años y se manifiesta muy adicto á su amo.

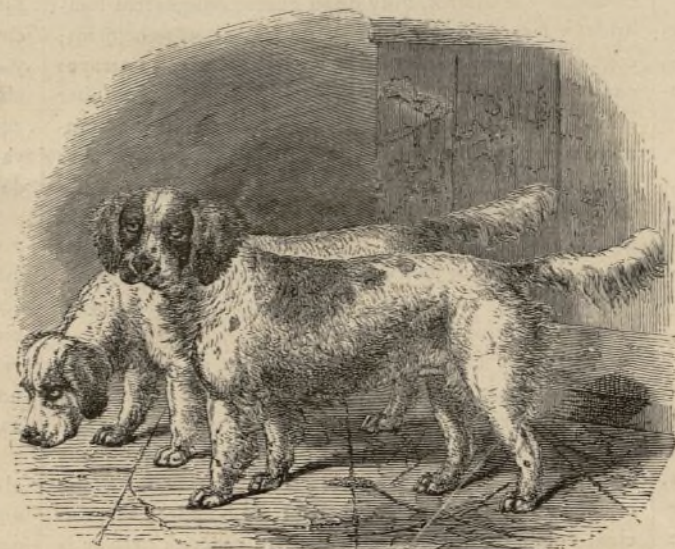
Este perro es ligero y vigoroso; posee finísimo olfato y carece de rival para buscar en el llano y entre la espesura de los matorrales. El calor no le molesta como sucede á sus congéneres de otra especie, ni altera las condiciones de su olfato, parando lo mismo pelo que pluma.

El *épagneul*, originario de nuestro país, como

(1) Véanse los números anteriores.



PERRO COKER.



PERRO CLUMBER.

lo indica con harta claridad su nombre, tiene muchos puntos de semejanza con el perro que acabamos de describir; ostenta casi siempre la misma capa, pero difiere en el hocico, que es más delgado; en sus formas menos musculosas, y sobre todo, en el pelo largo, sedoso y casi liso, particularmente sobre las orejas, el cuello, las patas delanteras y la cola en toda su longitud. Un *épagneul* se estima tanto más cuanto más largo y sedoso es su pelo, buscándose de preferencia los que tienen manchas de color de castaña sobre fondo blanco.

El *épagneul* es un buen perro de muestra, de carácter apacible y casi tímido: caza mejor en las lagunas y en terrenos accidentados que en suelo llano, sobre todo cuando hace mucho calor, porque se modifica entonces ó disminuye su olfato, y no busca muy bien, porque tiene la costumbre de llevar la nariz demasiado baja. Se arroja al agua sin dificultad, caza alguna veces corzos y jabalíes, y es también muy cariñoso para con su amo.

El grifo ó perro peludo es mucho más pequeño que las dos castas precedentes: tiene la cabeza bastante redondeada, las orejas medio caídas y procede del Piamonte y de las demas comarcas italianas.

Con formas menos bellas que las del braco y las del *épagneul*, posee, sin embargo, las mismas cualidades para la caza, y tiene, por último, una superior inteligencia. Va al agua con facilidad suma; es valiente y sufrido, y los de gran tamaño sirven para hacer de ellos excelentes sabuesos.

El perro de aguas tiene el pelo rizado y espesísimo; el cuerpo corto y abultado, las patas medianamente largas, siendo los colores blanco y negro los que dominan en su piel. El olfato es exquisito, extraordinaria la inteligencia, y se le puede amestrar para todo lo que se quiera. A causa de su predisposición á lanzarse al agua, no tiene precio para la caza de aves acuáticas.

Exige esta casta cuidados especiales si han de hallarse limpios sus individuos, y por consiguiente, en perfecto estado de salud. Ha de peinárseles con frecuencia, destruir el piojillo que les

ataca y esquilarse las patas, el hocico y la mitad posterior del cuerpo, cortándoles bastante la cola.

Del *setter* y del *pointer* nos proponemos hablar extensamente en otra ocasión, y el pacho y el perdiguero son más conocidos de nuestros lectores.

La educación de estos perros debe de ser hecha por los mismos cazadores que han de sacarlos al campo, á fin de que interpreten bien sus gestos, las inflexiones de la voz y la manera, por último, de obedecer los mandatos del amo.

Para que un perro sea útil en la caza con escopeta es preciso:

- 1.º Que sea dócil á la voz del cazador.
- 2.º Que busque con viveza y seguridad, venteando bien y sin detenerse varias veces en un mismo sitio.
- 3.º Que pare firme hasta que llegue su dueño.
- 4.º Que cuando va tras una pieza cualquiera se le pueda llamar con la palabra ó con el silbido, obedeciendo sin vacilación ni demora.
- 5.º Que siga por agua y por tierra á toda pieza herida, cobrándola sin sacudirla ni destrozar las carnes en lo más mínimo.
- 6.º Y que no acuda á los tiros de otro cazador que no sea su amo.

Un perro de muestra adornado de estas cualidades es un perro perfecto; pero dichas cualidades no se adquieren sin una buena educación, teniendo, por supuesto, aptitud para ello; porque si el animal es poco inteligente, no debe perderse el tiempo en enseñarle lo que no ha de aprovechar. Esto ha de mirarse bien ántes de comenzar la penosa tarea de amaestrarle.

La dulzura, la paciencia y el halago son medios preferibles siempre al castigo, porque el animal que se acostumbra á los puntapiés y á los latigazos, ó se insensibiliza, como ya hemos dicho en otras ocasiones, ó mira á su dueño con un terror que paraliza sus movimientos, inutilizándole en el momento crítico en que más se necesita de su ayuda y del despejo de sus facultades.

J. M. C.

LA ZORRA Y LA LIEBRE.

(Véase la lámina de la pág. 237.)

Cuando habla de estos animales un naturalista, y mejor si además de naturalista es aficionado á la caza, no sabe nunca acabar, puesto que en la vida de ambos se refleja la de casi todos los de monte y los de llano de nuestra patria.

La tesis de que una existencia llena de complicaciones desarrolla sobremanera el instinto de cualquier sér animado encuentra en la zorra su confirmación más brillante, no habiendo, en verdad, ningún otro cuadrúpedo indígena como éste expuesto á tantas contrariedades y peligros, ni ninguno, excepto el hombre, le iguala en flexibilidad corporal é instintiva, y aún aquél se ve á veces apurado para contrarestarle, porque es redomado bribon, cayendo siempre de pie y pronto siempre á escapársele. Sólo le falta volar; pero posee á la perfección todas las malas artes del rufian, y lo peor es que lo sabe.

No hay nada tan interesante como observar el paso de una zorra sin ser de ella sentido. ¡Cuán grande es su confianza en sí propia! ¡Qué resolución y qué energía revela su hocico puntiagudo, su mirada astuta y firme, sus ojos perspicaces, brillantes y abiertos, y sus orejas movibles y seguras! ¡Qué movimientos los suyos tan bellos, tan rápidos, tan flexibles, tan aplomados, tan exactos, tan eficaces y elegantes, y cuán grande su serenidad en faz del peligro! Ningún otro mamífero puede comparársele bajo este aspecto. Todos los demás salvajes, ciervos, liebres, corzos, tejones, martas; los domésticos, como caballos, perros, toros, y hasta los pequeños, como ratones, ratas y ardillas, todos ellos se desesperan, si el peligro arrecia, conforme dicen los cazadores; el miedo los paraliza, aunque sea sólo un instante; no así á la zorra. Un caso de esta especie ocurrió á uno de mis amigos, que se entretenía por las tardes en imitar el grito de los ratones para atraer á las zorras. Sintió una de éstas oculta en la espesura de la linde del monte junto á él; chilló, y el animal dió un

salto y cayó sobre sus piés, volviéndose de otro al monte con la misma prontitud y elegancia que si lo hubiera dado jugando y con pleno conocimiento de causa.

Su serenidad no la abandona nunca ántes que sus fuerzas, y no las malgasta jamas. Mientras que otras fieras, por ejemplo en una batida, se dejan arrastrar de un verdadero pánico, la zorra huye tranquila y conserva su vigor para recurrir á él, si la ocasión lo exige. Su capacidad poco común para calcular el peligro, y sus medios de evitarlo, la hacen por una parte previsora, y por la otra, osada hasta el extremo. Si no barrunta escopetas ni perros, penetra en medio del día en las aldeas, y roba gallinas y gansos, sin cuidarse en lo más mínimo de los gritos de niños y débiles mujeres.

La hembra fija su residencia frecuentemente muy cerca de los lugares habitados, y disipa toda sospecha absteniéndose de hurtos en las cercanías, sabiendo que siempre la persiguen y que nadie creerá que está tan próxima, por lo mismo que esto supone una tenacidad inaudita. Así se explica que mi hijo mayor encontrase un día un animalejo joven deshecho, que aullaba á más y mejor entre los matorrales de una cantera abandonada, que cortaba el jardín de mi suegro. Se apoderó de él, siendo grande la sorpresa de todos cuando se averiguó que era un zorrillo. Su atrevida madre había hecho su madriguera á los cincuenta pasos de la casa y á los treinta del gallinero y de la habitación de los gansos, entre los peñascos acumulados del borde de la cantera, y sin duda su inexperto hijuelo, estando aquélla ausente, se había caído desde los matorrales y rodado por una capa de piedra, por la cual no pudo subir.

Otra zorra había depositado su cría á pocos centenares de pasos de las últimas casas de la ciudad de Stuttgart, bajo un camino por donde pasaban muchas personas, y otra en una cantera en donde trabajaban diariamente de seis á ocho hombres, que la vieron con frecuencia, pero que no pudieron creer tanta osadía hasta que oyeron á los zorrillos.

Preocúpase poco de su residencia, porque hasta en los inviernos de más nieve, en que todos los animales salvajes padecen más ó menos, sale siempre gananciosa, convirtiéndose en presa suya muchos de aquéllos, extenuados por el hambre y por sus penalidades y esfuerzos para defenderse de la nieve. En tales casos se apodera de los corzos y hasta de las gamuzas, de quienes huye en otras épocas del año.

La seguridad de su domicilio depende del número y variedad de los platos de su lista, desde el cervatillo, el corcillo y el jabato, á los cuales atrapa, á pesar de la vigilancia de sus madres, hasta las orugas y los insectos, porque come cuanto vive. Prefiere las ratas y los ratones, y todos los cazadores saben perfectamente que los años abundantes en aquellos roedores es la zorra menos dañina para la caza que cuando hay escasez de ellos. En este último caso sorprende toda clase de seres vivientes, persigue encarnizadamente las liebres y los conejos, devasta todos los nidos de aves del suelo y de las cercas; ya trepando por las pendientes, ya saltando cuanto puede, atisba á todas las del monte, del llano y de las lagunas, y si nada logra por estos medios, se contenta con escarabajos, caracoles y abejorros, muy de su gusto; desentierra lombrices y larvas, especialmente de los mismos abejorros; coge saltamontes, moscas y avispas, y ronda los arroyos para echar la garra á alguna trucha ó cangrejo ó robar las redes de los pescadores. Pero no le basta esto; es omnívora en toda la extensión de la palabra, porque todas las frutas dulces le agradan, las peras, las ciruelas, las uvas y las bayas de toda especie; y por otra parte, es tan grande su voracidad, que come las más inmundas carroñas, roe los huesos más viejos y los pellejos más podridos, y, por último, come también carne humana, cebándose en los cadáveres que encuentra.

Y tan poco escrupulosa como es para su alimento lo es también para elegir su vivienda. No puede calificársele de animal selvático. Si bien se la encuentra más frecuentemente en los bosques, sobre todo en los montañosos, que en los llanos, hay que atribuirlo á la mayor facilidad que le ofrecen para huir de las asechanzas del hombre, su principal enemigo, y para multiplicar su especie; pero se la encuentra también en las llanuras, por escasos que sean

sus arbolados, y siempre, aún teniendo á su disposición el monte, pasa todo el verano fuera, hallándose la asimismo en los terrenos pantanosos, lo cual demuestra que todas las regiones le convienen. En las de monte espeso aprovecha las madrigueras de los conejos, las cavernas, huecos naturales, etc., para refugiarse en ellos y encamarse; en los lugares abundantes en lagunas pasa semanas enteras en los cañaverales ó partes más secas, y á la orilla del mar comparte su habitación con los patos como con el tejón en las montañas.

En general no se mueve tanto de día claro como por la tarde y por la noche, aunque se la vea con frecuencia perseguir su presa á la luz del sol, sobre todo cuando la hembra busca alimento para sus hijuelos, puesto que ella sola ha de proporcionárselo, y esta tarea la ocupa sin descanso.

La zorra es animal insociable por excelencia: siempre anda y trabaja por su propia cuenta, y si alguna vez sucede que fuera del tiempo del celo se vean varias juntas, ha de atribuirse á que todas siguen por casualidad la misma pista, en cuyo caso cazarán unidas, pero no de propósito deliberado. Lo mismo acontece en el celo, que comienza á mediados de Febrero. Dos, tres y á veces más machos siguen á una sola hembra; pero no amigablemente, sino peleando con furor entre sí. La zorra da entonces vueltas incesantes por su distrito, acompañada siempre de cerca por sus adoradores, y en estos casos el amor les hace olvidar á veces su acostumbrada previsión.

Cada animal de esta especie tiene varias madrigueras, aunque pocas sean obra suya exclusiva. Aprovecha las de los tejones ó conejos, que ensancha, ó trabajos ó excavaciones hechas por el hombre, ó las hendiduras de las rocas, ó las ruinas de edificios, si se prestan á ello, y hasta utiliza los huecos de los árboles. Es preciso distinguir también entre su habitación principal y las accesorias; la primera tiene varias ramas y salidas, y las segundas dos por lo menos, porque ninguna zorra se aventura en un callejón cerrado.

En la época del celo la hembra las visita todas por su orden. El ayuntamiento se verifica generalmente en la principal, con mucho estrépito de gruñidos y aullidos. Para parir elige después la zorra la madriguera en cuya proximidad ha observado menos huellas de hombres y de perros, y por lo regular suele preferir una de las accesorias. Prepara una cama blanda y caliente con los pelos de su vientre, que se arranca, y pare á las nueve semanas de su cópula, á fines de Abril ó principios de Mayo, de tres á doce zorrillos, por lo común cinco ó siete, que abren los ojos á los catorce días de nacidos, en cuyo tiempo comienzan también á echar los dientes.

Los primeros días no los abandona la madre sino lo estrictamente necesario para alimentarse, pero sin descubrir en dónde se hallan. Cuando ya pueden comer solos se convierte en una ladrona temible, porque en su casa ha de reinar la abundancia. Roba entonces con osadía sin ejemplo, aunque con precaución duplicada, y con preferencia animales de gran tamaño, porque le convienen más, y su cueva se transforma en una verdadera carnicería. Por medio de víctimas vivas, como ratas ó ratones, pajarillos, ranas, escarabajos, etc., va instruyendo á sus hijos en cazar y en matar. Así siguen hasta Julio, en cuya fecha acompañan ya á su madre en sus expediciones, y comienzan á merodear por su cuenta. A fines de Julio abandona su domicilio toda la familia y se fijan de ordinario en campo abierto. A fines del otoño se ha acabado ya la educación de los zorros nuevos, que se separan unos de otros, viviendo cada cual como puede.

Los enemigos más temibles de la zorra son el hombre y el perro, aunque si abundan las águilas y los lobos, no está tampoco segura. El lobo la destroza y devora sin escrúpulo, y el águila se precipita sobre ellas sin vacilar, si bien corriendo sus riesgos, según cuenta Tschudi, que vió á una arrebatar á una zorra de la tierra y caer á poco, porque la zorra la había mordido en la garganta y la había matado.

Así se comprende la activa persecución que le hace el hombre, y el odio que el cazador le profesa, por ser el animal más destructor de la caza que se conoce. Válese de todos los medios posibles, ojeándola, desenterrándola y cogiéndola con cebo, métodos diversos que ponen de re-

lieve su astucia, su prevision y la tenacidad de su vida. Referirémos, pues, algunos hechos relativos á esta materia.

Uno de mis amigos se sorprendió no poco un día al encontrar en una batida una zorra que arrastraba tras sí un pinabete nuevo de un metro de largo. El enigma se descubrió merced á un tiro bien apuntado. La zorra había sido presa en un lazo hecho para liebres, sujeto á aquel arbolillo. Para librarse, royó el tronco y lo llevó consigo. El estado del árbol y el de la zorra demostraban que se encontraban juntos hacía más de una semana, siendo de adivinar las dificultades con que hubo de luchar el pobre animal para proporcionarse el sustento.

Otro conocido mio mató en cierta ocasion una zorra, presa tambien en otro lazo de liebre, que se había librado de él arrancándolo, pero de modo que el alambre quedó ciñendo su cuello, y que cortó, no sólo la piel sino tambien la glótis, atravesándola y formando en ella una llaga.

Tengo en mi coleccion el cráneo de otra zorra, á la cual arrancó un tiro una esquirla de la cavidad ósea, de dos centímetros de largo y uno de ancho, introduciéndola de suerte en el cerebro que su extension entraba en él un centímetro. Los bordes del agujero y de la esquirla estaban tan completamente cicatrizados y cubiertos con excrecencias óseas, que desde este suceso hasta la muerte del animal hubo de transcurrir un mes por lo ménos, pero sin que ofreciese ésta traza alguna de enfermedad.

Una prueba del vigor con que se defiende una zorra herida: Cierta cazador, paisano mio, atravesó de un tiro la cruz de una zorra; y como no podía morderla un perro que lo acompañaba, poco adiestrado, quiso el cazador destrozarle la cabeza de un culatazo. Pero la zorra hincó en la culata los dientes con tanta fuerza, que dejó en ella los cuatro colmillos, á pesar de su dureza, siendo arrancados de las quijadas.

Un amigo compró despues este arma, en la que estaban fijos los dientes, viéndose por su posicion oblicua que yacian enteros en la madera, esto es, hasta el punto en que tocaban á la encía.

Pero dispensemos alguna atencion á la liebre, representada tambien en la lámina, de la cual, en verdad, poco malo podrémos decir, por aquello de *de mortuis nihil nisi bene*; y ahora con razon, porque de una liebre muerta, y sobre todo bien guisada, sólo es posible hablar bien, y así ha de pensar, de seguro, la zorra que la tiene en la boca, y calificarla de buena presa. Desgracia es, sin embargo, que ni aun de las liebres vivas podamos decir mucho bueno, estando en esta parte cazadores y labradores concordes con nosotros.

La liebre es, en lo general, habitante de terreno abierto, y falta casi por completo en las regiones centrales de los grandes bosques, aunque se vean, por el contrario, si bien no muy abundantes, en donde las selvas ofrecen á trechos numerosos claros en forma de prados ó campos. El cazador, y no sin razon, distingue, pues, las liebres de monte alto de las de llano, y entre unas y otras á las de monte bajo. La de llanura no visita nunca el monte, ni de día, y pasa fuera el rigor del invierno. La de monte bajo distribuye su tiempo entre los matorrales y la llanura, denominando nosotros matorrales á los linderos de los montes espesos. Yace en los últimos de día, y por la noche en el llano, de donde vuelve al alba. Sólo en el otoño falta á esta costumbre, porque el ruido de las hojas que caen excita hasta tal extremo su timidez ingénita, que abandona por largo tiempo las espesuras. La de monte alto ó verdadero bosque no se asusta de esto, y no lo deja durante el día, y sólo de noche y en el verano, y no siempre, se aleja hasta sus linderos para comer en los campos, regresando á las arboledas en cuanto se hace la siega. Las que no salen en el verano se contentan con pastar en los prados naturales de los montes.

Distinto es tambien el aspecto exterior de estas tres liebres, sobre todo su color, diferenciándose aún más entre sí las de llanura y monte alto, porque el pelaje de la última es mucho más pronunciado. La de bosque tiene el tinte rojo pardusco de las hojas secas ó de las agujas de los pinabetes; la de llanura, el pardo pálido de la tierra en donde habita, siendo aún más claras las de los terrenos arenosos. Se ve, pues, que su color se acomoda al paraje

en donde habita, lo cual no se comprenderia bien olvidando que la liebre es animal con extremo sedentario, esto es, que se aferra en no dejar nunca el terreno en donde se ha criado, decidiéndose únicamente á abandonarlo cuando corre grave peligro su vida.

Su estructura corporal se adapta muy bien á su género de vida. Pocos medios tiene de defenderla, aunque para huir disponga de sus largas orejas, que le advierten á tiempo de la proximidad del peligro, y de sus zancas robustas y largas, con cuya ayuda corre mucho y da terribles saltos. Sirve tambien su color aplastándose contra la tierra, y su buen olfato, aunque valga poco su vista.

En cuanto á instinto, deja tambien mucho que desear, caracterizándola una timidez sin límites, que no es de seguro ninguna virtud, sino prueba de escasa confianza en su propio ingenio. Limitado es éste, á la verdad, aunque no pueda negarse que sabe evitar el peligro, bastando levantar una liebre un par de veces para que domine la situacion por completo y llegue á ser maestra en tales artes. Su desgracia es justamente que no recibe ninguna educacion. Comparemos, pues, á la zorra y á la liebre.

La primera se dedica á la crianza y educacion de sus hijos desde Mayo hasta Octubre, casi seis meses completos, y la liebre, al contrario, abandona á los suyos en la cama á los cinco ó seis dias para entregarse de nuevo al libertinaje; ¿qué extraño es, por tanto, que los pobres huérfanos desarrollen poco su instinto?

La zorra, sin embargo, ha de luchar con una dificultad no poco grave. Como animal carnívoro ha de poner en juego todos sus recursos para apoderarse de su fugitiva presa, y sutilizar á cada paso su ingenio. Siempre está aprendiendo. Los lebratillos, en cambio, no han de inquietarse en lo más mínimo para encontrar su alimento, y viven como el hombre en Jauja, porque su comida se les viene á la boca sin buscarla y la saborean sin trabajo, y por consiguiente, carecen de uno de los elementos esenciales de toda educacion instintiva. De manera que así como en la zorra obran los tres de la madre, de su índole carnívora y del miedo á sus enemigos, sólo influye el último en la liebre jóven, explicándose de este modo que no sirva para inventar la pólvora, ni mucho ménos, ni para asombrar á nadie; al contrario, admira que bajo el imperio de tan desfavorables circunstancias, y teniendo tantos enemigos, se defienda al cabo de ellos y subsista su especie sobre la tierra.

La ventaja con que cuenta es con su extraordinario poder de propagacion. A fin de Febrero y principios de Marzo comienza la época del celo para ella, y sus idas y venidas, sus peleas y locuras amorosas, siempre algo grotescas, sobre todo cuando batallan entre sí los enamorados y vuelan sus pelos por los aires. Su preñez dura unos treinta dias; pare á mediados ó fines de Marzo, de uno á dos hijuelos en el primer parto, y casi al mes en el segundo de tres á cinco, al tercero tres y al cuarto y último, casi siempre en Agosto de uno á dos, aunque en los años buenos pare hasta cinco veces. Claro está que no hay que hablar de educacion de los hijos, y ni su padre se cuida tampoco de ellos; que si los encuentra por casualidad en su camino, les aplica una fuerte correccion paternal, especie de providencia pedagógica y de advertencia, encaminada á afirmar en su ánimo la conveniencia de no dejarse atrapar por nadie. Así se comprende que, á causa de tan prodigiosa fecundidad, no desaparezca del todo la especie, como podria creerse atendiendo al número tambien prodigioso de sus verdugos.

Cuéntanse entre ellos, no sólo casi todos los mamíferos, empezando por la comadreja, sino tambien los volátiles y hasta los de la familia del cuervo, que matan sin escrúpulo á los lebratillos, y más que ninguno el hombre, que no la deja momento de descanso. No lo son tanto los cazadores, porque al fin tienen interes en que no se extinga la especie, como los habitantes del campo que la detestan. Trátanla estos últimos como á un ladrón, y en tal concepto la persiguen por todos los medios lícitos é ilícitos, sin hacer caso de la proteccion que el cazador le dispensa. Y á la verdad, la liebre vive á expensas del labrador, porque es poco escrupulosa para comer, devorando hasta el tabaco y el cáñamo, y toda planta de campo y de huerta, especialmente coles y rábanos, y siendo aún más dañina en el invierno, como es fácil de comprender, en par-

ticular si se hiela la nieve y no puede escarbar, en cuyo caso hasta roe la corteza de los árboles frutales, nuevos y viejos. De aquí que me contáran de cierto lugar que, á consecuencia de una gran nevada que había cubierto muchos frutales hasta el extremo del tronco, perecieran gran número de éstos, destrozados por las liebres que se cebaron en sus ramas.

Lo que hace más tolerable á estos animales, bajo el aspecto indicado, comparándolos con los conejos, es que su daño es más aislado. Por muchas que haya en un distrito, son instables de suyo y se alejan en todos sentidos; de suerte que sus estragos no son grandes; al revés que los conejos, que muerden, desentierran y acaban con cuanto se halla inmediato á su cueva, destrozándolo y arruinándolo todo, por cuyo motivo son en todas partes considerados como un azote.

Se calcula que una liebre, al pesar unas cinco libras, lleva consumido un quintal de heno de primera clase, que cuesta unos once ó doce reales, ó lo que es lo mismo, que ha comido lo que vale. Destruye algo sin duda que no come, si bien en cambio hace crecer á otras plantas á proporcion de lo que les quita; de modo que hay cierta compensacion, como en el daño que hace á los frutales, que puede evitarse resguardando sus troncos.

En fin, cualquier hombre pensador dejará vivir de buen grado á la liebre, reflexionando que «cuanto existe sirve para algo», y exclamará, ante una liebre asada, aún recordando sus extravíos, que «tan glorioso fin es digno de perdon eterno.»

GUSTAV JAEGER.
(T. por EDUARDO MIER.)

ERRORES Y PREOCUPACIONES DE LA CAZA Y DEL TIRO.

«Cada hombre tiene su defecto, en el que incurre con frecuencia», ha dicho Lafontaine, y cada cazador se halla poseído de prevenciones á que es muy difícil sustraerle. La lógica y los razonamientos no tienen fuerza alguna ante el influjo del error y de las preocupaciones que se arraigan en el ánimo de ciertos individuos. El cazador que vuelve del campo con las manos vacías, como vulgarmente se dice, no acusa por ello á su torpeza ó á su mala suerte, sino á la escopeta ó al armero que se la vendió, arrojando sobre ambos una lluvia de imprecaciones; pero la verdad es que el armero y la escopeta son inocentes del crimen que se les imputa.

Las escopetas extraordinarias, esas que matan á fenomenales distancias, sólo existen en manos de los cazadores que se alimentan de preocupaciones, resultando luego que son como los mirlos blancos, que todo el mundo habla de ellos y nadie los ha visto jamas.

La mayor parte de las veces son amuletos ó reliquias antiguas de familia las que operan los milagros en las pruebas comparativas de las armas. Se citan con la mayor frescura hechos y casos ocurridos en el monte, que dejan atras á los cuentos fantásticos más atrevidos del Oriente: la extravagancia y la inverosimilitud reinan en absoluto al tratarse de lances venatorios y de felices disparos; pero si se coloca delante del blanco á tan afortunados cazadores, rogándoles que den una muestra de su decantada destreza y de su habilidad exquisita, se escapan por la tangente, se les pone malo un dedo de repente, y si disparan y resulta una monstruosidad en clase de acierto, le echan la culpa al cartucho, á los plomos, á la pólvora, al aire, al sol, ó al mozo que ha limpiado y preparado el arma. Los circunstantes se rien en las narices del héroe, lo cual no sucederia si éste no hubiese hecho vano y ostentoso alarde de cualidades que ni ha soñado siquiera en poseer.

Es preciso convencerse de que las mejores escopetas no matan la caza infaliblemente más allá de los límites normales de la potencia inherente á la carga, que alcanza á 70 ó 80 metros, á lo sumo, en armas de calibres ordinarios de 12 á 16. Fuera de este círculo, la casualidad es la única que contribuye á que las piezas reciban el tiro en sitio vulnerable.

Tambien afirman algunos armeros, con un aplomo tan estupendo como su ignorancia, que la escopeta *chokebore*

no permite disparar munición gruesa; que no produce efecto más allá de los 40 metros de distancia; que se calienta y estropea pronto, y otras inexactitudes por el estilo. Pues bien; se ha demostrado hasta la evidencia que la munición gruesa es la que mejor se adapta al *chokebore*, á causa de su mayor comprensibilidad, puesto que los vacíos ó espacios son más grandes entre los proyectiles gruesos que entre los menudos; y si dicha arma produce sus efectos á los 40 metros, ¿qué es lo que se opone á que continúen su trayectoria los plomos que dan en el blanco á esta distancia?

En cuanto al otro defecto que se le achaca, ahí están las pruebas hechas en el concurso de 1875 para enseñarnos que tres escopetas *chokebore*, después de haber disparado cada una 836 tiros, no presentaron alteración ninguna en las dimensiones del alma, ni en el resultado de los disparos hechos ulteriormente.

Un escritor de reconocido talento, Elzéar Blaze, que ha publicado libros preciosos sobre la caza, recomienda mucho el uso de la muletilla sobre un pié derecho ó á manera de bastón ahorquillado, que tienen algunos la singular costumbre de colocar para apoyar la escopeta y fijar la puntería. Cazadores hay tan habituados á este molesto apéndice, que no pueden hacer ni un disparo si no apoyan la escopeta sobre la muletilla ú horquilla. No puede inventarse nada más malo para el tiro, que pierde considerablemente su espontaneidad y su precisión, aislando del cañón la mano que lo dirige, y no sirviendo para esta última de garantía en el caso desgraciado de estallar el arma.

Una de las manías de que se hallan atacados muchos cazadores consiste en hacer reformar las escopetas según sus hábitos y sus ideas, sin que les preocupe otra cosa que satisfacer sus caprichos. Unos quieren que en la culata haya un agujero para colocar allí enrollada la licencia de caza; otros desean dos, á fin de llevar cartuchos, y otros pretenden que la culata sea hueca por completo para llevar víveres, el cubierto, la baraja, una camiseta de franela, y hasta un aparato fotográfico. Nada puede imaginarse de más ridículo que esas escopetas llenas de receptáculos con tapa, verdaderos nidos de suciedades, donde los bichos no tardan en alojarse á sus anchas.

Un armero de París recibió en cierta ocasión el encargo de fabricar una escopeta de caza cuyos cañones habían de ser de acero fundido pavonado al fuego, octógonos por la recámara, lisos hacia el centro, y luego octógonos otra vez junto á la boca, con incrustaciones de oro y plata en las líneas de la rebaba. Debía ser de percusión central, del antiguo sistema de baqueta al mismo tiempo, y además era preciso de toda necesidad que la montura fuese de madera de acebo. Ahora bien, y como no existe en el mundo tronco de dicho árbol bastante grueso ni desarrollado para hacer con él una montura completa, y sobre todo la culata, se le dijo por el armero al extravagante cliente que se encargara de suministrar el acebo, y probablemente estará esperando á que el árbol crezca, porque, desde 1877 acá, aún no ha llegado la respuesta.

También sucede que algunos cazadores miedosos hacen adaptar enormes cuchillos ó bayonetas-sables á la boca de los cañones, bajo el pretexto falaz de resistir mejor la acometida de los jabalíes. En vez de esas armas, tan incómodas como inútiles, porque no sirven de nada en el momento crítico, lo que debe llevarse es un buen revólver para descargarlo á boca de jarro sobre la cabeza de la res.

Pretenden algunos cazadores que la carga se ha de dividir en dos ó más partes, separadas entre sí por un taco plano de cartón, recomendando á sus camaradas que mezclen perdigones de diversos números. Precauciones ociosas, porque ni los tacos de cartón, ni la mezcla de los plomos producen efecto alguno sensible en el éxito y alcance del disparo.

Consiste otra de las preocupaciones más arraigadas en creer que para obtener resultados seguros y mortíferos, en las batidas de reses se han de poner dos balas en vez de una dentro de los cartuchos ó en la carga antigua; teoría contraria á todos los principios de la balística, porque la fuerza explosiva de la pólvora, influyendo primero en la bala inferior, empuja á la superior lateralmente á su vía directa, de modo que al salir del cañón se separa á gran distancia la una de la otra.

Los errores y las preocupaciones toman su origen de algunos disparos con fortuna en que la casualidad ha sido el principal y único agente; pero no deben tomarse en serio, ni constituir teoría, que nada significa al lado de los inmutables principios de la ciencia y de la experiencia.

LAS AVES QUE NO SE COMEN.

No tienen poco que aprender el naturalista y el cazador en las conversaciones con los campesinos, pues sobre las cosas del campo, las costumbres é instintos de todos los seres que lo pueblan poseen un caudal inagotable de observaciones útiles, hechas sobre los buques y caballos, hasta el grillo, y que en vano se buscarán en los libros de los sabios.

Por poca experiencia que se tenga, no hay nadie que ignore, relativamente á lo ménos, las cualidades comestibles de la mayor parte de las aves, que no forman parte de la categoría de las que se presentan en las mesas, y que sin embargo de eso se matan, unas veces porque son perjudiciales, y otras sencillamente por el placer de cazarlas.

Es sabido por todos los campesinos que la lechuza es uno de los bocados más delicados, especialmente la pequeña; es decir, la lechuza común, *stryx ulula*, lo mismo que el autillo, que se encuentra con frecuencia en los sauces á lo largo de las praderas. Blanca y gorda, tiene un gusto parecido al de la codorniz, á la que, exceptuando su tamaño, se parece mucho, cuando privada de la cabeza y las patas, se presenta en la mesa, convenientemente asada y albardada de tocino en una hoja de parra.

Un ave á la que no tiran los cazadores, porque se la cree de mal gusto, es el picamaderos; delgado, negro y duro, exhala, cuando está cocido, un olor repugnante, y lo mismo sucede con todas sus variedades.

Sin embargo, como no hay regla sin excepción, uno de sus próximos parientes, un comedor de hormigas, de lengua larga y viscosa terminada en una lanza, el torcecuellos (*yunx torquilla*), es un ave que no carece de cierto buen gusto y que merece los honores del asador.

Todo el mundo conoce á esta ave encantadora, rojocenicenta, salpicada de negro con rayitas trasversales del mismo color, viva y graciosa en sus movimientos, volviendo sin cesar el cuello á derecha é izquierda para distinguir mejor las hormigas y los insectos que corren por las ramas. El torcecuellos era en otro tiempo muy común en nuestros campos; hoy es muy raro.

El estornino es un bocado detestable; no puede encontrarse una cosa más seca y dura que esta carne negra y sin jugo alguno. Los mismos cazadores provenzales, que tiran á todo lo que tiene apariencia de caza, profesan el más profundo desprecio á esta abominable *darnaga*, como llaman á dicha ave.

Todos los cazadores han visto á los estorninos posarse en el lomo de los cuadrúpedos para comerse los animales parásitos que hormigean entre los pelos de aquéllos, mientras pacen tranquilamente, encantados de la operación y del que la ejecuta.

Mátanse, pues, las aves de rapiña, gaviñanes, milanos, buitres y triorques, porque si bien nos libran de algunas serpientes, diezman nuestros corrales y palomares, los conejos y las perdices. Matadlas sin compasión, pero no tratéis de comerlas.

Cuando no se tienen á mano tordos, se comen mirlos, dice el proverbio; sin embargo, no se debe tirar á los mirlos, pues no son piezas de un cazador serio. Son los cantantes familiares de nuestros jardines y parques, el adorno de las primaveras, cuando por casualidad hay primavera; durante el invierno animan nuestros bosques desnudos.

No ignoramos cuán difícil es contenerse á algunos noveles cazadores después de un día poco abundante en caza, y no apuntar á un mirlo que arranca silbando y dando saltos en una enramada; pero un mirlo ó dos no recompensarían vuestra jornada desgraciada, excepto algunas veces en invierno, en que el macho, en algunos países, engorda, dando á su grasa un sabor exquisito: esta ave es un regalo mediano.

Por supuesto que en lo antedicho no hablamos del

mirlo de Córcega, ante el que debe inclinarse con respeto todo gastrónomo. Este es un bocado mantecoso y perfumado, digno de la misma mesa de Vénus Citerea, por su sabor á mirto y demás hierbas aromáticas.

¿Qué diríamos del cuco, que inspira tan pocas simpatías, cuya especie ha llegado á ser en la actualidad tan escasa, y que, según el proverbio, está siempre flaco y enteco, semejante á las gentes que no poseen ni casa ni hogar y tienen la costumbre de dormir en la casa de los demás?

Esta es un ave común en las viñas en la estación de las vendimias. Por regla general, arranca del pié de una cepa, desplegando sus alas prolongadas y muy anchas respecto á su volumen, en un vuelo lento, irregular y silencioso. Antes que el cazador haya tenido tiempo de apuntarla, se deja caer á veinte pasos; vuelve á arrancar de nuevo desde vuestros mismos piés, y en aquel momento hacéis fuego con una seguridad digna de mejor causa, porque, con gran sorpresa, apenas el tiro ha tocado al ave en alguna pluma, y gracias. Pero la segunda vez se apunta con más cuidado, se la deja que se aleje, y desconfiando de sus giros engañosos, la matais en uno de sus semicírculos.

El perro la huele mucho tiempo y estornuda antes de decidirse á llevársela.

Entonces el cazador cae en la cuenta de que no tiene en la mano más que un paquete de plumas de colores extraños, grises y encarnados con manchas negras, que cubren un cuerpo que no llega al volumen de un mirlo, con una cabeza gruesa, ojos redondos, grandes, amarillos y brillantes, rodeados de cejas anchas y negras, con un pico largo, deprimido, delgado, flexible y abierto hasta los oídos.

Tampoco puede considerarse como piezas de caza á las pobres golondrinas, que los provenzales, sobre todo los del litoral, tienen el valor de cazar por masas, el mal gusto de comer y la poca delicadeza de presentar en sus mesas, bajo el pseudónimo pérfido de becafigos y andarios.

El ruiseñor debe ser también respetado.

Que el avefría es una pieza de caza lo sabe todo el mundo; sin embargo, tan delgada y seca como el estornino, el avefría, por más que se diga en contrario, es un asado incomible.

En otro tiempo las avefrías abundaban en nuestro país; hoy son muy raras, razón sobrada para que la tortilla de huevos de avefría, que es un bocado exquisito, sea en nuestros días poco ménos que fabulosa, si no fuera ilegal.

La abubilla es todavía muy común en las tierras sembradas de maíz, pero su carne vale poco; en cambio la oropéndola, *oriolus* ó *uralus*, cuya pluma manchada de negro le ha valido su nombre brillante y glorioso, es un bocado apreciable y de un sabor excelente.

Sin embargo, es preciso dejar vivir á este huésped pasajero y gracioso, de canto dulce y notas brillantes y armoniosas, que viene por el estío á animar nuestros valles, volando por parejas al traves de las ramas de las encinas, y que baja, siempre en parejas, macho y hembra, para beber en las orillas de los riachuelos.

El ave ménos simpática es la urraca ó marica, animal pendenciero y batallador, de pico encorvado, que, aunque pájaro, quiere darse el tono de un rapaz; siempre en guerra con sus vecinos, atacando hasta los cuervos, aves dos y tres veces mayores que ellas.

Este tipo, de la familia de los *lanides*, se subdivide en muchas especies; la más conocida es la pega-reborda gris (*Lanius excubitor*), del tamaño del zorzal, de espalda gris, vientre blanco, y el pico, las alas y la cola negras.

Destruye muchos inocentes pajarillos, y por esta razón, además de ser un bocado sabroso, merece que se cace y se coma.

LAS LOMBRICES

CONSIDERADAS COMO CEBOS DE PESCA.

Se llaman comunmente lombrices á los gusanos que sirven de alimento á las aves y de cebo á la pesca. Estos gusanos, sobre todo en verano, con tiempo seco y caluroso, son muy difíciles de encontrar, y es preciso para obtenerlos emplear, hasta en las estaciones favorables, medios apropiados al efecto.



LA ZORRA Y LA LIEBRE.

Estos animales se mantienen constantemente en los sitios acuáticos, y en donde la humedad puede cargarse de partículas animales é impregnar la tierra que estos gusanos tragan y devuelven privada de las materias que su organismo se ha asimilado. De modo que se les encuentra en abundancia en los alrededores de los estercoleros húmedos y no en putrefacción, sino en estado de fermentación y reducidos á tierra mantillo. Igualmente se les encuentra en los prados en que frecuentan las bestias, en los patios en que se arrojan las aguas sucias y en los jardines bien cuidados y estercolados.

El sitio en que se encuentran los mejores, y como en depósito, es entre las hierbas regadas de las orillas de un río ó de un estanque. Estas materias al pudrirse forman un compuesto negro, en el que se desarrollan los gusanos rojos, tan excelentes para la pesca.

Acabamos de subrayar la palabra rojos, porque califica la especie mejor y la más buscada por los pescados, y al mismo tiempo la que vive más tiempo en el agua.

Ahora bien; es preciso notar que en los gusanos vivos es en los que los pescados gustan más de satisfacer su curiosidad y su gula.

La perca, la trucha, no atacan nunca á un gusano muerto ó de otra especie que los gusanos rojos. Los pescados de fondo y los de la familia de las abletas son atraídos mucho más por el gusano que salta y se agita en todos sentidos que por el que pende como una hojita de hierba al extremo del sedal.

Las especies que se encuentran con mayor abundancia generalmente son:

1.^a *El gusano rojo*, de cabeza hendida. Este gusano nunca es muy grueso, teniendo los más largos 10 centímetros, y su grueso, el de una pluma de ganso regular.

2.^a *El gusano rosa*, ó lombriz propiamente dicha, que llega á tener un tamaño respetable, ó sean 35 centímetros de largo por 8 de diámetro.

3.^a *El gusano de anillos*, cuyo cuerpo está formado de anillos rojos y amarillos alternados, y que cuando se corta derrama un humor amarillo líquido de un olor particular.

Este gusano tiene 6 centímetros de largo todo lo más, y su grueso es el de una paja de trigo.

Es bueno cuando no se pueden tener á mano gusanos rojos. Sin embargo, muchos pescados no lo atacan; lo más que hacen es aproximarse á él; pero son rechazados por su olor, que probablemente no les gusta. De este modo le desdeña la perca, lo mismo que el gobio y el sargo. Se le encuentra en los depósitos de estiércol de caballo y detritus de legumbres.

Además, se oculta en la tierra ménos profundamente durante los calores que los gusanos rojos y rosas; así es que en verano es el que se puede obtener con mayor facilidad.

4.^a *El gusano amarillo ó verdoso*, corto, duro y que se encuentra en las tierras fuertes que no se han removido en mucho tiempo. Su longitud es de 5 á 7 centímetros, y su tamaño, el de una pluma de ganso pequeña. El pescado lo ataca con repugnancia, lo que es una lástima, porque este gusano vive mucho tiempo en el agua y se prende bien en el anzuelo. Sin embargo, sólo lo muerden la carpa, el gobio de fondo en los estanques, y la anguila en los ríos y corrientes de agua; los pescados blancos tampoco lo quieren y no lo muerden jamas.

Es probable que los pescados de fondo de los estanques, teniendo ocasión de encontrarlos con mayor frecuencia entre las raíces de las hierbas y en los detritus de los campos y pantanos, llevados por las grandes avenidas, se acostumbren á él y concluyan por no desdeñarlo.

Este gusano se encuentra fácilmente en verano, cavando los terrenos de base de arcilla no removidos en mucho tiempo.

5.^a Igualmente se emplea el *gusano de las moscas* ó de las carnes fermentadas y el *gusano de cola*, larva que vive en los lugares inmundos, y el cual no debe emplearse sino como recurso extremo.

6.^a Por último, el *gusano iris*, indicado por Watton, el *gusano de las frutas*, ó larva de neurópteros, tan apetecidos por algunos pescados.

Para terminar estas líneas, indicaremos algunas recetas, tan antiguas como la invención de la pesca misma, y que son convenientes para procurarse gusanos.

En un prado ó sitio lleno de hierba se pisotea la tierra en un mismo sitio durante ocho ó diez minutos, y se verán entónces salir los gusanos al rededor. Es preciso no cogerlos hasta el momento en que absolutamente se hallen fuera de la tierra. Si se para un instante de dar patadas en el suelo, vuelven á ocultarse; y si se les quisiera coger cuando están á medio salir, se agarrarían de tal modo al suelo, que se romperían ántes que dejarse sacar fuera.

Cuando es la estación de las nueces verdes, se cogen 25 ó 30 de éstas; se ralla el pericarpio ó envoltura verde sobre un ladrillo sumergido en un cubo con agua, y se arroja despues á la tierra de un campo. A poco se verán salir los gusanos, huyendo del amargor que contiene el agua.

Igualmente se emplea este medio con una cocción de hojas de nogal.

También se pueden coger los gusanos rojos por la noche con una linterna sorda en las calles de un jardín, y mucho mejor aún despues de una lluvia ó niebla.

Cuando el tiempo está seco, no salen sino en los sitios húmedos ó al abrigo del viento y del sol.

EL ALGACEL AFRICANO.

Una nueva y hermosa pieza de caza mayor ha sido introducida recientemente en Europa y acaba de aclimatarse aquí sin contratiempo alguno, aumentando con su presencia la raza de los antílopes.

Trátase del algacel, procedente de las misteriosas comarcas del centro de Africa, por el cual han creado los naturalistas el género *oryx*, que no debe confundirse de ningún modo con la gacela.

Este animal tiene el pelo leonado claro en las espaldas y los costados, más oscuro en el cuello y pecho, y blanco en las partes inferiores. La cabeza es de un blanco deslumbrador, manchada de gris en el centro de la frente, con otra mancha de igual color en la base de los cuernos, que son redondeados, negros, delgados y anillados en su mitad inferior. La cola es blanca y termina en un mechón de pelos negruzcos.

El algacel es conocido desde los tiempos más remotos, y su imagen se encuentra reproducida á cada paso en los monumentos egipcios, representados con una cuerda al cuello y las cuatro patas cogidas en un lazo. Otras veces se les ve perseguidos por perros y cazadores que les tiran flechas.

Los pueblos antiguos atribuían al algacel un poder maravilloso, suponiendo que podía cambiar de cuernos cuando se le antojase, y convertía en agua sucia y cenagosa las corrientes más puras y cristalinas de los manantiales.

Estos antílopes tienen los cuernos tan rectos y tan largos que parecen dos picas, y no habitan exclusivamente en la Nubia y Abisinia, como cree el vulgo, puesto que se encuentran en el Senegal y también en las costas de la región occidental.

El algacel más bello entre las variantes de su especie es el que ha sido aclimatado en nuestros países y que existe hoy en el Jardín de Plantas de París. La mayor parte de su pelo es blanco como la nieve y amarillo claro, al paso que las manchas de la cabeza no forman brida al rededor del hocico, sino que son independientes entre sí; una de ellas se extiende bajo la nariz, y otras dos marcan la forma de los carrillos. El cuerpo se ve salpicado de manchas negras, y en el pescuezo y el abdomen ostenta unas estrías prolongadas que embellecen mucho el aspecto general de la capa.

Parece increíble, pero es lo cierto, que el animal de que nos ocupamos es más sobrio aún que el camello, pudiendo, por lo tanto, vivir en las comarcas más áridas é improductivas. En épocas de sequía se sustenta exclusivamente de hojas de liliáceas y de mimosa.

Viajan los algaceles en parejas ó en pequeños rebaños ó familias, por mejor decir, compuesta del macho, de la hembra y de los pequeñuelos, y son tan desconfiados y asustadizos, que huyen al percibir el rumor más insignificante. Su carrera es tan rápida, que una vez emprendida sólo pueden darles alcance los caballos más veloces; así es que los árabes los cazan con pasión verdadera, ayudados por los célebres galgos del país, matándolos á lan-

zadas cuando logran hacerles frente. Exige este género de cacería muy buen golpe de vista y mucha seguridad en la mano derecha, porque si el antílope no queda muerto del primer golpe, se precipita con la cabeza agachada sobre su enemigo, para quien el encuentro es la mayor parte de las veces funesto. A los perros los traspasa de parte á parte con sus agudos y larguísimos cuernos, y la verdad es que no siempre salen vencedores el león y la pantera en sus combates con los feroces algaceles.

En Africa se saca gran partido de la piel de dichos animales, cuya carne se parece mucho á la del buey, aunque no es tan sabrosa. Con los cuernos se fabrican puntas de lanza, ó despues de pulimentados, se hacen primorosos bastones, que aprecian infinito los colonos europeos del Cabo de Buena Esperanza.

LA VENGANZA DE UN ASNO.

En uno de esos días tan cortos y tan malos con que suele el aterido invierno contrariar nuestros planes y aguar nuestras ilusiones, en el sentido recto de la palabra, nos hallábamos monteando en la fragosidad de unos bosques famosos, que el camino de hierro se ha encargado de poner casi á las puertas de la coronada Villa, cuando una lluvia pertinaz con sus correspondientes ventiscas nos obligaron, no á abandonar la batida por completo, porque hay cosas que difícilmente se renuncian, sino á buscar refugio en el pueblecillo más inmediato, dispuestos á recomenzar el tiroeo apenas se cansasen las nubes de verter sus enfadosas lágrimas. Pero las nubes de aquellos días habrían podido representar dignamente el papel de las antiguas plañideras; vinieron luego los truenos con su obligado acompañamiento de relámpagos, y no hubo más arbitrio que prolongar nuestra residencia en una casa del labrador más acomodado del pueblo, quien se brindó de buen grado á darnos hospitalidad hasta tanto que pasara aquel chubasco con puntas y ribetes de temporal deshecho.

En la casa de labor de nuestro huésped fué donde la casualidad nos hizo conocer á *Platero*, *Mobina* (pronúnciese *Mogina*) y al *Lucerillo*, tres tipos curiosos y muy apreciables, por más que todos ellos perteneciesen al mundo de cuatro patas.

En efecto, *Platero*, *Mobina* y el *Lucerillo* eran tres asnos notables, y quizás con mejores dotes intelectuales que algunos meollos humanos.

Honni soit qui mal y pense, como dijo el Monarca inglés al bajarse á recoger la famosa liga que tanto dió que hablar por la clase de pierna de que se desprendiera.

Pero volvamos á nuestro asunto.

Platero, uno de los principales protagonistas del presente relato, aunque llegado á ese período de la existencia que se llama entre dos edades, así entre los hombres como entre los animales irracionales, era un borrico magnífico, cuya buena alzada, formas admirables, mirada viva, largas orejas y sedosa piel, habían hecho palpitar de emoción varios corazones de otras tantas jumentas.

Tan casto y virtuoso como apocado y tímido, vivió *Platero* algunos años lejos del mundanal ruido, sin importársele un ardite las pasiones violentas que nacían de su hermosa presencia y de su sólida reputación de moralidad.

Mimado por sus amos, trabajaba poco y muchas veces en su abrigada cuadra, con los ojos medio cerrados, y tendido perezosamente en su cama de paja se felicitaba el moderno Josef de haber sabido resistir á esos arrebatos á que se entregó la juventud, cuyas consecuencias son, por lo común, tan fatales en la edad madura.

Todo iba á las mil maravillas en aquella plácida y asnal existencia, cuando el Amor con sus malignas asechanzas vino á turbar de repente el reposo del pobre burro.

Una mañana de primavera hallábase almorzando la sabrosa hierba que servía de tapiz al verde prado, cuando un rebuzno, bastante sonoro por cierto, le hizo levantar la cabeza y sentir emociones hasta entónces para él desconocidas.

A pocos pasos de allí, y junto al seto vivo que le separaba de la pradera vecina, vió á una burra jóven y de buena capa que le contemplaba con la mayor ternura.

Sabido es que la ternura de las burras se manifiesta enderezando las orejas y dando unos resoplidos capaces de apagar un incendio.

Platero quiso dominarse y volvió á hundir su hocico en el forraje; pero la hierba, ántes tan sabrosa, le parecía entónces amarga y desabrida, hasta que al fin, sin poderse vencer, contestó al reclamo con otro formidable rebuzno.

Mobina, adivinando sin duda la lucha trabada en el alma de aquel que trataba de sacrificar en los altares de la diosa Citea, respondió con voz más dulce, cuyo eco trastornó al enamorado Platero, que sin saber cómo, se encontró al lado de la seductora Circe.

Ébrio por los efluvios que le subían á su enorme cabeza, el borrico, olvidándose del bien parecer, saltó el vallado, y á doce meses después la jumenta, lánguida, pero dichosa, daba á luz un rucho que se llamó Lucerillo, y que prometía ser tan bueno y tan hermoso como su padre.

Alegre, saltarín y gracioso en sus movimientos, como sucede á los borriquillos recién nacidos, Lucerillo crecía rápidamente comiendo y bebiendo bien, durmiendo mejor, y creyendo tal vez que no iba á tener fin aquella vida de holganza y de molicie.

Pero apenas había cumplido ocho meses, cuando fué destinado al servicio particular de Ignacillo, el hijo menor de los labradores en cuya casa estábamos, muchacho travieso y de mala índole, que no dejaba al burro un momento de reposo desde por la mañana hasta la noche, enganchándolo en un carreton que le servía para sus paseos y para sus diabluras.

Ignacillo era el Benjamin de la familia, y órdenes sus caprichos más insignificantes; así es que, á pesar de las protestas y de la resistencia de Lucerillo, fué enganchado al carri-coche, empezando para el animal, desde entónces, lo que se llama una verdadera vida de perros.

Esta fué la primera pesadumbre que experimentaron Mobina y Platero, después de dos años de una dicha no interrumpida ni turbada por el viento asolador de la desgracia.

Lucerillo enflaquecía á ojos visto, y su carácter se hizo tan agrio y tan intolerable á causa de los malos tratamientos que recibía, que una tarde se cuadró en regla, dando á su amo un par de coces, que tuvieron á éste ocho días sin poder menear más que los ojos, y en peligro de quedar lisiado para toda su vida.

La lección fué dura, pero de ningún provecho al tunante del rapazuelo, que juró vengarse del pobre animal. Hasta aquí los antecedentes de la historia.

Al cabo de dos días insoportables de espera, abonanzó el tiempo, volvimos á coger nuestras armas y pertrechos, y seguidos de los perros y de los ojeadores, nos encaminamos á tomar nuestros puestos en el monte.

Quieras que no, se empeñó Ignacillo en acompañarnos con pretexto de llevar en su carreton las provisiones de boca y guerra, y listo como una ardilla fué á la cuadra á hacer por sí mismo los preparativos para la marcha.

En cuanto el borrico vió los arneses adivinó la suerte que le esperaba, echándose á temblar como un azogado, pero sin moverse de su sitio.

Dos ó tres palos le inspiraron el sentimiento de la realidad, y entónces, sin conciencia de lo que hacía, automáticamente, por decirlo así, se dejó enganchar, cesando en sus signos de coraje y de rebeldía.

Subió el muchacho á su sitio y nos pusimos todos en marcha; Lucerillo caminaba á buen paso, á pesar de lo cual recibió un tremendo latigazo.

Aquella fué la gota de agua que hizo rebosar el vaso de su indignación, porque de pronto se paró en firme como si tuviese las patas clavadas en tierra.

Fueron inútiles nuestras amonestaciones al muchacho; los palos llovían sobre el lomo del infeliz animal, cuando el chico, loco de rabia, se tiró al suelo, y sacando una navaja que llevaba, la hundió toda en el vientre de Lucerillo.

— ¡Ahora sí que andarás de prisa! exclamó volviendo al pescante.

El burro, acometido por un vértigo, y ciego del dolor físico que sentía, se lanzó como una saeta á campo traviesa arrastrando consigo al carri-coche, que iba chocando con los innumerables obstáculos que hay en el

monte, sitio poco á propósito para ninguna clase de vehículo.

Asido con piés y manos iba el muchacho gritando y pidiendo socorro; pero sus voces se perdieron poco á poco en el espacio, sin que nosotros, que íbamos á pié, pudiéramos seguirle en su desatentada carrera.

¿Qué sucedió entónces? Nadie ha podido saberlo; pero los ojeadores aquella tarde encontraron á dos leguas del pueblo el cadáver de Ignacillo horriblemente mutilado. A pocos pasos de él estaba Lucerillo, libre de sus arneses, tendido de costado, y exhalando el último suspiro.

El guarda que iba con los ojeadores notó, no sin sorpresa, que el animal tenía los cascos llenos de sangre como si se hubiese complacido en pisotear el cuerpo de su verdugo.

¡Triste desenlace y triste episodio que revela que no hay enemigo pequeño, y que la Providencia castiga por medios imprevistos el crimen, porque así debe calificarse, de tratar mal á los animales útiles é inofensivos para el hombre!

TIRO DE PICHON DE MADRID.

TIRADA ORDINARIA DEL DIA 15 DE OCTUBRE DE 1880, Á LAS TRES DE LA TARDE.

La primera piña, cada tirador á su distancia, de tres pichones y cinco tiradores, la ganó, matando tres de tres tiros, D. Ednardo Anspach, contra los Sres. Armero, Valderrama, Gomar y Baron Dobrzensky.

La segunda piña, lo mismo que la anterior y de seis tiradores, la ganó, matando cinco de seis tiros, el Baron de Dobrzensky, contra los señores Anspach, Armero, Valderrama, Gomar y Heredia (D. F.).

La tercera piña, igual á las anteriores y de quince tiradores, la ganó, matando cuatro de cuatro tiros, D. Santiago Udaeta, contra S. M. el Rey, SS. AA. los Príncipes D. Luis y D. Alfonso de Baviera y los señores Anspach, Armero, Valderrama, Dobrzensky, Gomar, Heredia (D. F.), Guijarro (D. R.), Cañedo (D. C. y D. F.), Calvo y Baron Schloissnigg.

La cuarta piña, cada uno á su distancia, de un pichon y quince tiradores, la dividieron los Sres. Anspach y Udaeta, que mató cada uno siete pájaros de ocho tiros, contra S. M. el Rey, SS. AA. los Príncipes D. Luis y D. Alfonso de Baviera y los Sres. Armero, Valderrama, Dobrzensky, Gomar, Heredia (D. F.), Guijarro (D. R.), Cañedo (D. C. y D. F.), Calvo y Baron Schloissnigg.

La quinta piña, lo mismo que la anterior, la dividieron los señores Cañedo (D. C.) y Dobrzensky, que mató cada uno tres pájaros de cinco tiros, contra S. M. el Rey, SS. AA. los Príncipes D. Luis y D. Alfonso de Baviera y los Sres. Anspach, Armero, Valderrama, Gomar, Heredia (D. F.), Guijarro (D. R.), Cañedo (D. F.), Baron Schloissnigg y Udaeta (D. S.).

Lastirada terminó á las seis.

GACETILLA.

REGLAMENTO DE CAZA.—Mientras que algunos periódicos de caza se quejaban con razon de la tardanza en concluirse el anhelado Reglamento, los diarios de Madrid de mediados de este mes decían lo siguiente:

«La Comisión de Reglamento para aplicar la ley de Caza se reunió anteayer en el ministerio de Fomento. El señor Gutierrez de la Vega mantuvo su voto particular en defensa de la observancia absoluta de la Veda, opinion á que hasta ahora se ha adherido el Presidente de la Comisión, Marqués de Mirabel. La Comisión piensa terminar sus trabajos en la próxima semana, y estando ya hace tiempo acabado el Reglamento, lo presentará en seguida al Gobierno para que éste opte entre el voto de la mayoría ó el de la minoría, y rijan pronto la ley de Caza.»

Efectivamente, ya á estas horas estará el Reglamento completamente concluido y en poder del Gobierno de S. M., para que lo publique cuando lo crea conveniente, optando por cualquiera de las dos opiniones en que está dividida la Comisión.

Hace algunos meses que el Reglamento fué presentado por el vocal ponente Sr. Gutierrez de la Vega. El desacuerdo que reinó en la Subcomisión hizo que se prolongaran los debates largo tiempo. Por fin, al principio del verano pasado se entregó á la Comisión general. Vinieron las vacaciones y se han reanudado los trabajos el 15 del corriente, habiendo en dicha Comisión general la misma divergencia de opiniones que en la Subcomisión. El señor Gutierrez de la Vega ha sostenido con tenaz perseverancia su voto particular, esperando siempre el triunfo que anhelaban y solicitaban de oficio todos los periódicos y todas las Sociedades de Caza que han discutido y expuesto públicamente su parecer. En esto ha consistido en parte la tardanza en la prolongación de los debates.

Si al fin y al cabo perdemos los partidarios de la opinion del Sr. Gutierrez de la Vega, no habrá sido por falta de celo y de constancia en la lucha, sino porque la mayoría ha querido otra cosa; y no hemos de negar á ésta el patriotismo y el amor del acierto en este importante punto de la administración pública, en que se ha

inspirado el Director de LA ILUSTRACION VENATORIA.

Pero ¡quién sabe todavía el giro que tomarán las cosas, el consejo que siga el Gobierno y la resolución que adopte en definitiva!

Nosotros seguiremos siempre firmes en nuestro puesto, defendiendo la Veda en absoluto, porque de ella depende la salvación de la caza, el mayor deleite de los cazadores, el aumento de la riqueza de los hacendados y de los ingresos del Erario público, y sobre todo, la multiplicación de los elementos de la alimentación de los pueblos.

LAS PALOMAS VIAJERAS DE LOS MÉDICOS.—Se acaba de poner en práctica en Escocia un nuevo empleo de la paloma viajera.

El doctor Harvey, cuya clientela es muy numerosa, lleva consigo, cuando va á sus visitas lejanas, media docena de estas aves.

En caso de urgencia deja una para que se le comunique el estado del enfermo, ó cualquier otro aviso que tenga que ejecutarse con premura. De modo que si sobreviene algun accidente, la paloma le lleva al punto la noticia.

Hé aquí una aplicación que pudiera emplearse en los sitios en que las viviendas están separadas unas de otras, y los médicos lejanos.

MODO DE CONSERVAR LA LECHE.—Póngase en una jarra de leche una cucharada de rábano silvestre. Preparada de este modo, durante muchos días conservará la leche toda su dulzura, aunque se halle expuesta al aire ó se tenga en la despensa; la leche que no haya sufrido de antemano esta preparación se agriará.

NUEVO PROYECTIL.—Devisme, el armero de París, ha inventado una bala destinada á la pesca de la ballena.

Este proyectil monstruo es de un calibre de 35 milímetros; su longitud de 15 centímetros, y contiene 63 gramos de pólvora.

Como se comprenderá fácilmente, la escopeta que debe lanzar esta bala es mucho más grande y pesada que las ordinarias; pero tiene la ventaja de no recular al tiro.

FUGA Y PRISION DE UNA LEONA.—Al penetrar el domador Pezons en las jaulas de fieras en una de las funciones que daba en Dax, una de las leonas logró huir de su jaula.

Al momento que el público se apercibió del hecho, dice el *Avenir de Dax*, el establecimiento fué abandonado, y agujoneados por el miedo, todos se encerraron en sus casas.

Sin embargo, quedaba el apoderarse ó deshacerse de la fugitiva.

Hombres de buena voluntad, gendarmes y cazadores organizaron una batida.

La fiera, que por fortuna se encontraba sin duda en uno de los días de contento, se puso á recorrer las calles del barrio, corriendo y jugando, por decirlo así, al escondite con los que la perseguían, cuando deslumbrada por la luces de los faroles que llevaban sus perseguidores, dió un salto inesperado, cayendo de pronto en medio de ellos.

Por último; después de varias peripecias, fué acorralada en el fondo de un corredor cuya salida interior estaba cerrada.

La leona se había dejado coger como un inocente raton en la ratonera.

Colocóse ante la entrada exterior del corredor una jaula, en la que se había puesto un pedazo de carne cruda, á que se abalanzó la fiera, quedando cogida, cerrándose al punto la puerta de su prision.

Durante el paseo, la leona no causó daño alguno.

MONSTRUO MARINO.—Los pescadores de Nápoles están alarmados con la presencia de un inmenso tiburón, que parece tiene más de ocho metros de largo, y que hace muchos días se ve en los alrededores del puerto.

Nadie se atreve á bañarse después que los marineros dieron la voz de alerta, ni á pasear en lancha.

Todos los buques están armados de garfios en forma de gigantescos anzuelos, para apoderarse del monstruo.

PROFUNDIDAD DEL MAR.—La mayor profundidad á que se ha podido llegar en el mar por el sondaje es la alcanzada por el buque de guerra americano el *Tuscarora*. Este magnífico buque, enviado á una exploración científica en la parte norte del Pacífico, á los 43° 55' de latitud N. y 152° 26' de longitud O. del meridiano de Greenwich, habiendo echado al mar el plomo de sonda, no tocó éste el fondo sino á la extraordinaria profundidad de 8.513 metros; por consecuencia, á cinco millas geográficas y un cuarto.

UNA APUESTA AL TIRO DE PALOMAS.—En el mismo local del *Gun-Club*, de Londres, se ha efectuado una gran apuesta de 5.000 pesetas.

Los adversarios eran los Sres. J. H. Roberts y Stuart, dos de los mejores tiradores del Club, los cuales debían tirar cada uno á 100 palomas á 30 metros de distancia. La lucha dió principio á las tres de la tarde.

Después de una serie de 10 palomas, Stuart llevaba la ventaja de una paloma, conservando hasta la 25 la misma ventaja, y á la que hacía 40. Al tiro núm. 50, Stuart había muerto 42 palomas y Roberts 38.

A los pocos momentos de descanso Stuart empezó con una serie de cinco tiros buenos, seguidos de tres malos, y al 90, la ventaja de Stuart era de una sola paloma. Al tiro 92, habiendo errado Stuart la paloma, los adversarios se encontraron en iguales condiciones, habiendo cada uno muerto 72 palomas.

La lucha había llegado á su apogeo; el momento era decisivo.

Desde el tiro 92 al 97, ambos tiradores hicieron excelente puntería, manteniéndose iguales; pero al 98, Stuart erró el tiro, y habiendo Roberts acertado hasta el 100, quedó vencedor por una paloma más.

Roberts mató 80 palomas, y Stuart 79.

LOS ANIMALES QUE NO DEBEN MATARSE.—La *Chasse et la Pêche*, de Bruselas, dice, con razón sobrada, lo siguiente:

«¡Cuántos seres se destruyen por puro placer!

»¿Por qué matar las arañas fuera de las habitaciones, si destruyen las moscas que tanto nos importunan?

»¿Por qué poner el pie encima de un precioso grillo ó carabe dorado, que en nuestros jardines hace la guerra á las orugas, lombrices, caracoles y saltones que se come?

»¿Por qué matar á la orveta inofensiva, que se alimenta de langostas?

»¿Por qué destruir al cuco, cuyo alimento favorito son las orugas, á las que no podemos llegar sin molestia?

»¿Por qué destruir los nidos de la curruca, enemiga encarnizada de las avispas?

»¿Por qué hacer la guerra á los gorriones, que únicamente comen el grano cuando faltan los insectos, y que exterminan por instinto los insectos dañinos á los granos?

»¿Por qué tirar á los estorninos, que pasan su vida comiendo larvas y espulgando á los animales del campo?

»¿Por qué coger con lazos á los abejarucos, de los que una pareja sola coge 120.000 gusanos é insectos, por término medio, para criar á sus hijuelos?

»¿Por qué matar la coccinela ó coquita de San Anton, como se llama en la provincia de Madrid, que se alimenta del pulgon?

»¿Por qué matar al saju, que se come á los caracoles y á las hormigas?

»¿Por qué salvar la vida á millares de mosquitos destruyendo la chotacabra?

»¿Por qué matar al murciélago, que hace á las mariposas y saltones de noche la misma guerra que las golondrinas por el día?

»¿Por qué matar las musarañas, que viven de gusanos, como el ratón de trigo?

»¿Por qué decir que el mochuelo come los pichones y pollitos, ya que no es verdad?

»¿Por qué matarlo, puesto que hace por sí solo el trabajo de siete ú ocho gatos, comiéndose á lo menos 6.000 ratones al año?»

FENÓMENO RARO.—En la rada del Havre se ha efectuado el siguiente fenómeno:

Una nube de moscas, que se extendía á una gran distancia, se dejó caer sobre las embarcaciones que había en la rada. Los marineros que se encontraban sobre cubierta se vieron obligados á refugiarse en los camarotes ó bajo las toldillas; tan numerosos eran estos insectos.

Cuando empezó á disiparse la nube se notó que millones de moscas se habían quedado pegadas en las velas, que casi desaparecían por completo bajo esta capa animal.

Las moscas eran largas y negras y no intentaban volar cuando se cogían. Al tocarlas nada más caían al suelo.

DESGRACIA DE UNA VELOCIPEDISTA.—En Basilea, en la Arena Deike, la velocipeda aérea miss Anita Siebert, habiendo perdido el equilibrio sobre la cuerda en que hacía sus ejercicios, cayó al patio de un cuartel próximo, muriendo mientras se la trasladaba á la fonda en que vivía, después de la primera cura.

ANUNCIOS.

LA CATALANA.—Baratura positiva de escopetas, cartuchos, revolvers, pistolas, pólvora, municiones, morrales, cartucheras y toda clase de efectos de caza, á precios desconocidos.—Calle de la Cruz, número 23, Armería de Carrillo, Madrid.—(100-17.)

TRAJES DE CAZA.—José Cortijo y Simón, sastre especial para ropa de caza ó campo, calle de Atocha, núm. 25, cuarto principal de la izquierda, Madrid.—Hay un variado y especial surtido de panas inglesas y del país para la ropa citada. Los cazadores que se vistan en esta casa tendrán de manifiesto un magnífico y completo figurín de dichos trajes. Blusas de dril á la americana, sin necesidad de chaleco. Recomendamos esta prenda por cómoda. También se hacen trajes á precios económicos para guardas de campo.—(100-17.)

CALZADO DE CAZA.—Zapatería de Eusebio Fernandez, calle de la Salud, núm. 19, Madrid.—Especialidad en calzado para caza, de todas clases y formas. Surtido constante, y se hace á medida.—Medias de cuero y alpargatas guarnecidas.—(100-17.)

PERRERAS DE BON-SECOURS.—Propietario, M. A. Toudreau Loiseau, banquero, en Péruezel (Bélgica). Estas perreras que tienen una fama europea, y cuya agradable y hermosa instalación es la admiración de los que las visitan, están compuestas exclusivamente de perros de muestra ingleses de todas las razas; han sido creadas particularmente para propagar el gusto de las buenas y excelentes razas británicas entre los cazadores del continente, que generalmente ignoran sus brillantes cualidades. A este fin, una soberbia y numerosa colección de *racers*, escogidos entre los perros más célebres de las exposiciones y de prueba en el campo, se reproducen en ellas, y sus cachorros se coleccionan cuidadosamente. Estos se ofrecen al público á precios mucho más moderados que los de los criadores ingleses. Para recibir el catálogo, visitar las perreras y obtener todas las noticias necesarias, bastará dirigirse, en francés, al mismo propietario.—(100-3.)

LA ILUSTRACION VENATORIA.—Periódico de caza y pesca. Año IV.—Rebaja á la mitad del precio para 1881.

LA ILUSTRACION VENATORIA, consultando el interés de sus suscritores, saldrá desde el mes de Enero de 1881 á la mitad del precio que ha costado en los años anteriores, aumentando su lectura en la misma forma, y sin dejar de contener magníficos grabados en todos los números, publicándose dos en los días 15 y 30 de cada mes, en 24 columnas de gran folio y de esmerada edición. Forma cada año un elegante volumen, con índice y portada para su encuadernación.

La suscripción cuesta, tanto en Madrid como en provincias, 4 reales al mes, 12 reales el trimestre, 24 reales el semestre y 48 reales el año.

Pero se obtiene una considerable rebaja si se pide la suscripción por todo el año 1881, haciendo el pedido é incluyendo una letra de comercio ó libranza del Giro Mutuo, por valor de 40 reales, en carta dirigida á la Administración de LA ILUSTRACION VENATORIA, calle de Espoz y Mina, número 3, en Madrid.

La suscripción para Ultramar y el Extranjero cuesta 5 reales al mes, 15 el trimestre, 30 el semestre y 60 al año.—Se obtiene también la rebaja á 50 reales por el año anticipando esta cantidad y haciendo el pedido directamente á la Administración.

Está agotada la colección del primer año, ó sea de 1878. Pero se sustituye con el *Album* que se anuncia más abajo y que cuesta 40 reales.

De las colecciones de los años 1879 y 1880 quedan algunos ejemplares, que se pueden adquirir con la misma rebaja con que se dieron por suscripción, anticipando 80 reales por cada año, con tal de que se haga el pedido directamente, como queda dicho.

NOTA IMPORTANTE.—Los nuevos suscritores que deseen tener la colección completa de LA ILUSTRACION VENATORIA, compuesta del *Album* de 1878, que vale 40 reales; de la colección del periódico de 1879, que vale 80 reales; de la colección de 1880, que vale también 80 reales, y de la suscripción por todo el año 1881, que cuesta 40 reales, y suman en junto doscientos cuarenta reales, podrán obtener á vuelta de correo todo lo publicado y seguir recibiendo lo que se publique hasta fin de 1881 con una notable rebaja, es decir, por el precio de ciento sesenta reales, con tal de que libren esta cantidad en letra de comercio ó libranza del Giro Mutuo, en carta certificada, á la Administración de LA ILUSTRACION VENATORIA, calle de Espoz y Mina, número 3, Madrid.

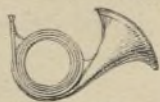
A los suscritores actuales que les falte alguno ó algunos de los años anteriores, también se les hará la misma rebaja, es decir, se les dará cada año que pidan de los anteriores á razón de 40 reales cada uno.

ALBUM DE LA ILUSTRACION VENATORIA.—Este precioso ALBUM es un hermoso volumen en folio, del mismo tamaño que LA ILUSTRACION VENATORIA, conteniendo más de cien magníficos grabados de escenas de caza y pesca, que, elegantemente encuadernado, constituirá el más bello adorno del gabinete de un aficionado á estos deleites, y podrá separarse en láminas para decorar una habitación.

Como que el ALBUM se compone de los grabados publicados en el primer año de LA ILUSTRACION VENATORIA, podrá suplir á la colección del periódico del mismo año para los nuevos suscritores que no pueden adquirirla, por haberse agotado completamente, y aún será muy agradable para los antiguos que quieran poseer tan bella colección de láminas tiradas aparte con notable esmero.

El ALBUM DE LA ILUSTRACION VENATORIA se enviará inmediatamente, encuadernado en rústica, franco de porte por el correo, á todos los señores de provincias que lo pidan, librándolo 10 pesetas á esta Administración (calle de Espoz y Mina, núm. 3, Madrid). A los de Madrid que lo deseen se les llevará á sus casas por el mismo precio.

Hay también ejemplares del ALBUM preciosamente encuadernados, que no pueden enviarse por el correo, pero que se expenden en la Administración en Madrid, con 10 reales de aumento, es decir, á 50 reales.



TROMPAS DE CAZA
de Raoux.
Millereau, 66, rue d'Angoulême, Pavillon de l'Horloge, Paris.—(90-17)



BIBLIOTECA VENATORIA DE GUTIERREZ DE LA VEGA.—Colección de obras clásicas españolas de montería, de cetrería y de caza menor, raras, inéditas ó desconocidas, desde la formación del lenguaje hasta nuestros días, para ilustración de los cazadores, deleite de los eruditos y gloria de la lengua castellana.—Ediciones de lujo con caracteres elzevianos y en papel de hilo.—Se ha publicado el *Libro de la Montería* del rey D. Alfonso XI, con un discurso y notas del Excelentísimo Sr. D. José Gutiérrez de la Vega. Consta de dos gruesos tomos en 8.º, que han valido, por suscripción, á 6 pesetas cada uno en Madrid, y á 7 pesetas en provincias.—El volumen III de la *Biblioteca Venatoria* está publicado también y contiene el solo dos obras, el *Libro de la Caza* del príncipe D. Juan Manuel, y el *Libro de la Caza de las Aves* de Pero Lopez de Ayala, con un discurso y notas del Sr. Gutiérrez de la Vega. Ha costado por suscripción 6 pesetas en Madrid y 7 pesetas en provincias.—Se hacen los pedidos dirigiéndose á la Administración, y mandando letra de cambio por el valor de la suscripción.—Redacción y Administración de la *Biblioteca Venatoria* y de LA ILUSTRACION VENATORIA, calle de Espoz y Mina, núm. 3, Madrid.

LAS GRANDES MONTERÍAS en todas las partes del mundo. Escenas del reino animal en todas las zonas, por Gustav Jaeger, con láminas de Fr. Specht, grabadas por Adolfo Closs.—Obra recientemente publicada por LA ILUSTRACION VENATORIA. Esta obra, traducida directamente del alemán por primera vez al castellano, y de la propiedad exclusiva de la Empresa de LA ILUSTRACION VENATORIA, consta de un magnífico volumen en gran folio, con treinta preciosísimas láminas y el texto de bella edición.

Es el libro más hermoso para el estudio de un cazador, el mejor adorno para un gabinete, y el más lindo objeto para un regalo á cualquiera clase de persona, niño, adulto ó anciano, hombre ó mujer, por sus interesantes descripciones de los animales, ilustradas con bellísimas láminas de dos célebres artistas alemanes.

Cuesta 40 reales, así en Madrid como en provincias. Para recibirlo en provincias basta pedirlo en carta certificada á la Administración, calle de Espoz y Mina, número 3, en Madrid, librándolo al mismo tiempo dicha cantidad en letra de comercio ó libranza del Giro Mutuo.

NOTA IMPORTANTE.—Todos los señores suscritores que deseen tener *Las Grandes Monterías*, que valen 40 reales, y las tres obras publicadas hasta ahora en la *Biblioteca Venatoria*, que cuestan 84 reales, y suman en todo ciento veinticuatro reales, podrán recibirlas á vuelta de correo con una notable rebaja, es decir, por ochenta reales, con tal de que libren esta cantidad en letra de comercio ó libranza del Giro Mutuo, en carta certificada, á la Administración de LA ILUSTRACION VENATORIA, calle de Espoz y Mina, número 3, Madrid.

INVESTIGACIONES SOBRE LA MONTERÍA y demás ejercicios del cazador, por D. Miguel Lafuente Alcántara, reimpresas con una

introducción por el Excmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.—Un volumen en 8.º, edición elzeviriana en papel de hilo.—Tirada de sesenta ejemplares numerados que no se ha puesto á la venta.

BIBLIOGRAFÍA VENATORIA ESPAÑOLA, por el Excelentísimo Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.—Un volumen en 8.º, edición elzeviriana en papel de hilo.—Tirada de veinticinco ejemplares numerados, en gran papel con grandes márgenes, que no se ha puesto á la venta.

ALMANAQUE DE LA ILUSTRACION VENATORIA para cazadores y pescadores.—Año 1881.—Contiene el Santoral ordinario, precisas indicaciones de las varias especies de animales que pueden cazarse y pescarse cada mes, las aplicaciones de lo que previenen las leyes de Caza y Pesca en los diversos períodos del año, preciosos grabados alegóricos, y un Memorial de cazadores para que puedan apuntarse las piezas muertas en las cacerías de los meses legales fuera del tiempo de la Veda; por lo que es muy útil este *Almanaque* desde el mes de Setiembre anterior en que tiene lugar la apertura de la caza.—Un folleto en 8.º, que se da gratis en la Administración de LA ILUSTRACION VENATORIA, y se envía gratis también por el correo á todos los suscritores á este periódico que lo pidan desde provincias.—Los que no sean suscritores lo recibirán enviando un sello de franqueo de cartas de valor de 10 céntimos.

LE GUIDE DU SPORT.—Universal pigeon shooting. Journal international des sports.

Este periódico acaba de aumentar en el doble su extensión, y contiene todas las reseñas especiales é indispensables á los *sportmen* y á los tiradores de palomas.

Se suscribe á 20 francos al año para Bélgica y para Francia, y 25 para todos los países de la Union Postal. Paris, 14, rue Rochambeau; Londres, 480, Oxford Street; Bruselas, 79, rue Royale Sainte Marie.

Se envían números de muestra á los que lo pidan.

REVISTA UNIVERSAL ILUSTRADA.—Periódico de Sport, Zootección, Agricultura, Historia Natural, Caza, Pesca, Higiene, Equitación, etc., dirigido por D. Francisco de A. Darder. Se publica tres veces al mes. Administración, Mendizábal, 20, Barcelona.

BOLETIN DE LA ASOCIACION DE AFICIONADOS Á LA CAZA.—Periódico de Caza y Pesca, órgano oficial de la Asociación de Aficionados á la Caza y Pesca de Cataluña, dirigido por D. Joaquín Badía y Andreu. Se publica dos veces al mes en tiempo de Veda, y una fuera de ella. Administración, Archs, 7, Barcelona.

EL SEMANAL.—Revista de Caza y Pesca, periódico oficial de la Sociedad de Cazadores y Pescadores de Navarra, dirigido por D. Agustín Lopez Blanchar. Se publica todos los jueves. Administración, San Nicolás, 15, Pamplona.

REVISTA VENATORIA.—Periódico de la Sociedad de Cazadores y Pescadores de Huesca, dirigido por los Sres. D. Antonio Gasós y Don Ruperto Ramos. Se publica los días 5 y 20 de cada mes. Administración, Plaza de Zaragoza, Huesca.

LA CAZA.—Periódico oficial del Casino de Cazadores de Valencia, dirigido por D. Rafael Martín Babi. Se publica dos veces al mes en tiempo de Veda y una fuera de ella. Administración, Palau, 14, Valencia.

REVISTA ECUESTRE.—De Equitación, Cria caballar, Veterinaria y de todas las artes y oficios dependientes de estos ramos, dirigida por D. José Hidalgo y Terron. Se publica tres veces al mes. Administración, calle de la Flor Alta, 3, Madrid.

EL CAZADOR.—Revista de caza, pesca y pajarería, dirigida por don Hermenegildo Estevez. Se publica cuatro veces al mes. Administración, calle del Ave Maria, 6, Madrid.

BOLETIN DE CAZA Y PESCA.—Órgano de la Asociación Centro Venatorio Ampurdanés, dirigido por D. Enrique Serra y Causa. Se publica los días 15 y último de mes. Administración, calle Subida al Castillo, 31, Figueras.

Madrid, 1880.—Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastiade Aribau y C.ª (sucesores de Rivadeneyra), Calle del Duque de Osuna, n.º 3.